

que las circunstancias le habían conferido, desde que llegó, en medio de la alegría delirante de la multitud, á Guadalajara y repitió los decretos redentores de Valladolid sobre tributos y esclavos. Calleja, con temible actividad, había arrebatado á Allende, Guanajuato, ensangrentada á porfía por la ferocidad de insurgentes y realistas, y avanzó á Guadalajara. Después de la reñida batalla del Puente de Calderón, en que cuarenta mil insurgentes, armados muchos de ellos con picas, hondas y flechas, fueron completamente vencidos, Hidalgo tomó fugitivo el camino de Zacatecas, en unión de Allende y los promotores principales de la insurrección, que acordaron que éste reasumiera toda la dirección militar del movimiento. Parece que el intento de los fugitivos era dirigirse por Texas á los Estados Unidos, en donde podían allegar recursos suficientes para armar la insurrección. Entre el Saltillo y Monclova fueron sorprendidos por un oficial traidor (inútil es manchar con su nombre estas rápidas hojas), y conducidos á Monclova primero, y de allí á Durango los clérigos, con excepción de Hidalgo, y á Chihuahua éste y los demás. Desde su captura hasta su muerte estos hombres atravesaron un verdadero viacrucis; la exaltación frenética de las multitudes, á quienes se había dicho que estaban los caudillos en connivencia con Napoleón, y la fría crueldad de sus guardianes, hicieron de ellos unos mártires; no se quejaron. Parece que durante el remedo de proceso que se les instruyó en Chihuahua (no hay más dato que las constancias del mismo proceso, hecho á gusto de los jueces) hubo mutuas y dolorosas recriminaciones: aquellos hombres habían vivido en un estado de excitación febril sólo comparable á la gigantesca temeridad de su empresa; no es extraño, es profundamente humano, que al venir el período de depresión causado por la certeza absoluta de una muerte próxima, hayan revivido en ellos las creencias y estados de ánimo de toda su vida anterior y haya habido debilidades y retracciones; pero ninguna, absolutamente ninguna, tuvo por objeto salvar su vida: al contrario, apechugaron, sobre todo Hidalgo, con las más tremendas responsabilidades. La Patria, nacida de su heroica sangre, los reconcilia en su gratitud inmensa y los absuelve en su gloria. Unos en Monclova, otros en Durango, Hidalgo y sus compañeros en Chihuahua, fueron sacrificados al mediar el año de 1811.

En esos mismos días, Morelos y López Rayón habían conflagrado los distritos montañosos del Sur del virreinato, extendían el radio de su acción por las serranías que separan la Altiplanicie central del océano Pacífico, y Rayón había constituido una Junta de Gobierno en Zitácuaro. Los padres de la Independencia habían sido, pues, capturados en plena derrota, pero en plena insurrección; la marcha de Rayón y del heroico Torres, el insurgidor de Jalisco, desde el Saltillo al corazón de Michoacán por Zacatecas, de batalla en batalla, había demostrado que el poder español, á pesar de sus victorias, estaba desquiciado. La reconquista de las ciudades principales estaba hecha, pero no la del país, que ardía en guerrillas, ni la de la sociedad, que ardía en conspiraciones. Y como la represión iba siendo indeciblemente cruel, al anhelo infinito de la emancipación se unía el deseo fiero de la venganza; el duelo fué á muerte.

El cura D. José María Morelos y Pavón, que había pasado su juventud entera recorriendo como *arriero* las sierras del Sur y que, ya hombre de gran ascendiente entre los montañeses y resuelto á buscar, sin duda, una posición que le sirviera de égida contra el despotismo profundamente despectivo de los amos españoles ó criollos, había estudiado en

el colegio de San Nicolás de Valladolid, guiado por los consejos de Hidalgo, que ejerció desde entonces sobre él el irresistible prestigio de su inteligencia penetrante y de su voluntad de buscar á todo trance los caminos de la reforma social, logró obtener las órdenes y un curato de Michoacán. De allí partió á reunirse con el gran cura, cuando pasó por la provincia con el ejército insurrecto; recibió la comisión de levantar las poblaciones del Sur y de hacerse de algún puerto que pudiera comunicar á la insurrección con el exterior. Cuando el general insurgente Rayón, ex-secretario de Hidalgo, logró establecer un núcleo de organización política en Zitácuaro, Morelos no había podido apoderarse de Acapulco, pero sí había improvisado, fogueado y disciplinado un ejército rural con el que tenía en jaque á los realistas en una zona inmensa; en su estado mayor, digámoslo así, descollaban las nobles figuras de los Galeanas, los Bravos, Guerrero, y luego el audaz é infatigable cura Matamoros.

El gobierno virreinal hacía esfuerzos para impedir al nuevo caudillo salir de los montañosos distritos surianos, en donde creía poderlo destruir después; entretanto, la tentativa de crear un centro político y gubernamental había atraído sobre Rayón todo el esfuerzo de la represión, y el general Calleja se encargó de esta campaña; á haber logrado Rayón prolongarla, el triunfo de los realistas habría quedado nu-

lificado por la importancia de las comarcas que Morelos, aprovechando la concentración de las tropas españolas en Michoacán, habría logrado dominar; mas apenas éste comenzaba á ejecutar sus planes, cuando supo el aniquilamiento de los insurgentes por Calleja en Zitácuaro y su regreso triunfal á México. Morelos se movió rápidamente en medio de las fuerzas realistas, obteniendo ventajas con frecuencia y adoptando, por fin, el plan de atraer sobre sí el grueso del ejército de Calleja, dando campo á la insurrección para adquirir vigor en toda la zona meridional. El sitio de Cuautla por el ejército realista fué el resultado de este plan; constituyó ésta la operación militar más seria y mejor organizada durante la guerra de insurrección, y Calleja, que la llevó á cabo, no omitió medio alguno estratégico ni recurso táctico de ninguna especie para rendir á Morelos. Cuando, después de una serie de heroicos episodios, consideró éste su situación insostenible, rom-



D. Ignacio López Rayón

pió el cerco, frustrando admirablemente los planes del general español, y reapareció más brioso y más temible que nunca en el Sur de Puebla, en las comarcas veracruzanas, logrando desconcertar todos los planes de campaña de los realistas por la celeridad de sus marchas y lo inesperado de sus golpes. Después de salvar al impertérrito Trujano, que, hacía largo tiempo cercado, estaba á punto de sucumbir en Huajuapam, y de sorprender á Orizaba, cuando nadie lo esperaba se recibió en México la noticia de la toma de Oaxaca por Morelos. Entonces fué cuando trató de dar cima á su programa de organización política; era preciso que la nación insurrecta se unificase ante la nación sometida y tomase la palabra ante el mundo; esto y buscar un puerto por donde comunicarse con el exterior y solicitar auxilios de los otros americanos independientes de los Estados Unidos, para poder armar á los ejércitos insurrectos, que casi no contaban con armas de fuego, le indujeron á hacer la campaña coronada con la toma de Acapulco, que tanto ha sido censurada al genial cura.



México.—Patio de la Escuela nacional preparatoria  
(antiguo colegio de San Ildefonso)

Con los restos de la Junta de Zitácuaro, con algún resultado de elecciones parciales y con nombramientos hechos por Morelos, como investido de supremas facultades por las aspiraciones casi unánimes del pueblo mexicano, se organizó en Chilpancingo una asamblea, que tomó la voz ante el país y fué el vehículo de un pensamiento tenaz y perfectamente justo del caudillo. El general D. Félix María Calleja, ascendido des-

pués á teniente general y al fin condecorado con el título de conde de Calderón, se había encargado del virreinato en principios de 1813, y esto indicaba bien que la guerra de exterminio iba á sistemarse mejor. Morelos estaba resuelto á usar de las más terribles represalias, y ya había demostrado que sabía llevar este propósito á los más crueles extremos; para ello necesitaba tener una investidura legal, que sólo los representantes de la insurrección podían darle; mas no fué ésta su mira principal al organizar el Congreso de Chilpancingo: quería que, sin ambages ni reservas, se viera claro que el pensamiento de la nación, rebelada contra el gobierno español, era la independencia absoluta. Las noticias de España mostraban al ojo perspicaz del cura que la Península, libre ya casi, al mediar 1813, de la ocupación francesa, era la premisa de la vuelta de Fernando VII y entonces dejaba de tener razón de ser la insurrección, que siempre había proclamado la obediencia al rey cautivo. No sin trabajo logró Morelos realizar su deseo, y la declaración de independencia, de Noviembre de 1813, fué tan clara y terminante que no dejaba lugar á duda; nada podía cambiar en ella el entronizamiento de Fernando.

Investido Morelos de la plenitud del poder ejecutivo, pero debilitado por la ingerencia que en todo se atribuía la Asamblea, á la cual jamás intentó imponerse, ni pretendió doblegar, dando así un supremo ejemplo de civismo, emprendió una nueva gran campaña, para la que allegó todos sus recursos y que debía de hacerlo dueño de Michoacán. Pero fracasó en el ataque á Valladolid, defendido por Llano é Iturbide, y pasando de la defensiva á la ofensiva, estos enérgicos jefes realistas emprendieron una serie de operaciones victoriosas que terminaron en la sangrienta batalla de Puruarán, que disolvió casi al ejército independiente; Morelos ya no logró reunir el que necesitaba para tentar de nuevo en grande, como gustaba hacerlo, la fortuna de las armas; sus mejores tenientes morían ó eran reducidos á la impotencia; Oaxaca y Acapulco eran reocupados por los realistas, y el Congreso mexicano y el poder ejecutivo trahumaban en las agrias sierras del Sur, á riesgo de ser capturados; el período de eclipse y depresión, que siempre sucede en las grandes revoluciones al de iniciación y expansión, comenzó en la lucha de independencia el año de 1814; iba á durar seis años.

La liberación definitiva del territorio peninsular, la vuelta de Fernando VII al trono, la caída de Napoleón y la derogación de la teórica y generosa Constitución de 1812, más bien fórmula de los grandes ideales de un grupo de hombres, núcleo del pueblo español por venir, que condensación de las aspiraciones y de las necesidades reales de la España de principios del siglo, se sucedieron rápidamente; el noble Código de Cádiz desapareció, allá entre los aplausos imbeciles de las multitudes y el odio de los privilegiados; aquí, en donde apenas había sido puesto en vigor, y había dado lugar á la persecución de quienes, como Fernández Lizardi (*el Pensador mexicano*), habían querido hacer uso por medio de la prensa de las libertades que otorgaba, entre el júbilo étnico de las autoridades y del partido español, la indiferencia de los independientes y la calma ignara del pueblo, atrofiado sistemáticamente en su voluntad y su pensamiento. El Congreso mexicano, desde el fondo de Michoacán, respondió á la desaparición de la Constitución española con una Constitución, en parte trasunto de la que había asesinado el rey de todos los perjuros y de todas las ignominias; la Constitución mexicana de Apatzingán ó, para darle su título histórico, el *Decreto constitucional para la libertad de la América mexicana* (Octubre de 1814), no fué promulgada como definitiva, sino como provisional, «mientras que la



D. Nicolás Bravo

«mientras que la